

LA CONQUISTA TURCA DE BIZANCIO SEGUN LOS CRONISTAS EUROPEOS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

Miguel A. DE BUNES IBARRA
C.S.I.C. Madrid

La expansión otomana por Europa y el Mediterráneo explica la gran cantidad de impresos que se publican sobre los turcos en los siglos XVI y XVII. En el caso español, estos textos se encuadran dentro de la amplia bibliografía sobre temas musulmanes que existen, como consecuencia de la presencia de elementos de esta religión dentro de la Península Ibérica. En el mismo momento que se produce la conquista de Estambul, las tropas castellanas están luchando contra los nazaries, y las armadas portuguesas y españoles están desembarcando en el Norte de Africa para conquistar las ciudades dedicadas a la práctica del corso en las aguas mediterráneas. Las conquistas turcas en la Europa cristiana coinciden con la de la Monarquía Hispánica contra la Andalucía y el Magreb islámico, por lo que ambos procesos suelen coincidir en los mismos escritos. La amenaza turca también la sufren los Austrias, bien sea representada por la pérdida de los territorios de la monarquía en Centro Europa o la cercana amenaza de la ciudad berberisca en Argel. Tanto en las obras que se centran en los turcos como las que narran los progresos el Islam medieval es de referencia obligada la lucha de los bizantinos con los musulmanes. La mayor parte de las noticias se concretan en dos momentos muy específicos, como son el nacimiento del Islam y la conquista de Constantinopla por Fatih sultán Mehmed. Por medio de ellas, a través de las fragmentarias noticias que nos legan, es posible reconstruir las razones por las que explican la ruina y la desaparición de Bizancio.

La elección de los textos hispanos como base esencial de la reconstrucción del pensamiento europeo sobre la ruina de Bizancio no resulta un antagonismo con el título propuesto para estas páginas. La lejanía geográfica y la escasa implicación de los españoles en el devenir de los bizantinos les hace ser completamente dependientes de las noticias que proceden de otros lugares de Europa, en especial de Génova y Venecia. Su característica más importante es, por lo tanto, la de compilar las crónicas históricas del resto del continente, a las que añaden sus juicios de valor y las opiniones que consideran más acordes para ejemplificar la decadencia del reino cristiano de Oriente. Estos datos e ideas se engarzan dentro de relatos que tienen como objetivo esencial narrar la expansión de los musulmanes, ya sea representada por los árabes o por los turcos, por lo que

la historia bizantina se articula siempre a la islámica, ocupando un papel secundario y de simple marco de referencia.

Las noticias sobre los bizantinos son más frecuentes en las historias generales sobre los primeros siglos de la nueva religión monoteísta del mundo mediterráneo que las que narran y explican el nacimiento y desarrollo del principado fundado por Osmán Gazi. En un primer momento, el peligro para los españoles no procede de los belicosos otomanos sino de los contingentes armados magrebíes y andalusíes. La Monarquía Hispánica estaba manteniendo una guerra en su propio suelo y en el otro lado del estrecho de Gibraltar que condiciona la visión sobre los acontecimientos de Levante. Para los españoles la amenaza era el Islam, del que forman parte los turcos, por lo que engloban a todos los practicantes de esta religión en un mismo grupo.

La larga tradición de luchas contra el "infiel y la adscripción religiosa de los turcos a las predicaciones de Mahoma propician que en la historiografía española se produzca una simplificación descriptiva que proviene de tildar a los turcos como la última oleada conquistadora del Islam.¹ Mientras que en los países alejados del Mediterráneo resultaba necesario definir a esta "nueva generación" dentro de unas coordenadas políticas, culturales y etnográficas, en los Estados del sur de Europa sus escritores suelen englobarlos en un epígrafe que ya está perfectamente establecido, como es el de "practicantes de la religión musulmana".² Como el origen de los turcos les resulta bastante difícil de establecer, se suelen conformar con la calificación de musulmanes que residían en Oriente desde la época de las Cruzadas. Eran pueblos de origen asiático que se islamizaron al darse cuenta que esta religión se acomodaba perfectamente a sus formas de vida.³ Evidentemente este recurso supone un reduccionismo excesivo de los procesos históricos y de los acontecimientos, pero tienen una finalidad evidente: establecer un único enemigo común para toda la Cristiandad que se mantiene inalterable durante el tiempo y el espacio. Se describe la lucha

¹ Para el análisis de las formas de interpretación y descripción de los turcos en los dos primeros siglos de la Edad Moderna y la bibliografía española, italiana y francesa en esta misma época consultese el libro de M.A. DE BUNES IBARRA; *La imagen de los musulmanes y del Norte de Africa en la España de los siglos XVI y XVII: Los caracteres de una hostilidad*. Madrid, CSIC, 1989.

² Por ello logran un continuismo en todos sus relatos, planteándose la guerra como un enfrentamiento de cariz únicamente religioso.

³ "... teniendo por su capitán al abominable Mahoma que avia emponçoñado con sus diabólicas doctrinas desde Arabia pedrosa hasta aquella provincia de Asia. Entrando los Scitas poderosissimos y señoreando por fuerza de armas los reynos de Armenia, Media Persia y gran parte de Asia, fueron los moros al encuentro como defensores de aquel imperio y llevaron por capitán a Mahoma. Donde los moros viendo la gran ventaja de los Scitas les hacían: no se atreviendo a resistir les hicieron concierto con ellos tal que tomassen y siguessen aquella ley mahometana como ellos tenían: y que serían contentos que reynasen en Asia en buena paz y hermandad". Vasco DIAZ TANCO; *Libro intitulado palinodia de la nephanda y fiera nacion de los turcos y de su engañoso arte y cruel modo de guerrear...*, Orense 1547, fol. IIV.

entre bizantinos y turcos, al igual que la de los españoles contra los andalusíes, como un antagonismo religioso, el enfrentamiento de dos concepciones vitales y morales que pugnan por destruir al adversario y expandirse territorialmente.

La asunción de este método, con las connotaciones expresadas anteriormente, supone llevar a los impresos un concepto lineal de la historia. A lo largo de los siglos, en especial en el Mundo Oriental, se han ido sucediendo civilizaciones, entes políticos y estructuras de poder que después de unos principios difíciles han logrado dominar, gracias al genio político y militar de uno de sus príncipes, amplias extensiones territoriales, pero que han desaparecido por la aparición en su entorno de una nueva generación de hombres que les someten. El ejemplo más cercano que tienen para expresar esta forma de entender el pasado del otro extremo del Mediterráneo es el de los Timures. Tamerlán y sus tribus confederadas asolan todos los entes políticos de Asia, pero a la muerte del caudillo desaparece completamente esta estructura militar y de poder que estuvo a punto de romper toda la organización del mundo conocido.

Con la excepción de los Timures, el relevo de imperios y civilizaciones se asocia invariablemente con el Mundo Antiguo oriental. Este mismo esquema también lo emplearán en la definición de los espacios que no se encuadran dentro de los límites geográficos de la civilización clásica, tales como Asia y Africa. El alejamiento de las zonas escritas y la falta de información se saldan con la perpetuación y la fijación del modelo establecido. En Europa occidental, por el contrario, se decantan por el continuismo. Desde la desaparición de Roma su historia está concatenada, ya que tiene un origen común y semejante.⁴

El Imperio bizantino se encuadra, según los planteamientos de los escritores españoles, dentro de las estructuras y las formas de actuación del Mundo Antiguo. Aunque son los continuadores de los romanos, y su capital se define en alguna ocasión como la segunda Roma, en los escritos hispanos se identifica a los bizantinos con los griegos. Esta consideración, que en principio no posee una importancia excesiva, llena de arcaísmo la descripción de las formas del ejercicio del poder y la organización del Imperio Bizantino, lo que son elementos que establecen su cercana desaparición. En alguna medida se están empleando las categorías del etnocentrismo en los dos primeros siglos de la Edad Moderna. Bizancio ha mantenido una evolución social, religiosa y política divergente a la de las Monarquías occidentales y de los nuevos fundamentos del "Estado Moderno", por lo que no está preparado para afrontar el reto que se le

⁴ Para ejemplificar esta opinión basta recurrir a los símbolos con que se define la Monarquía de los Austrias españoles, dinastía que se define como *hercúlea* al proceder del tronco del héroe clásico. En los textos españoles se suele hacer coincidir la fecha del nacimiento de la dinastía Otomana con la de la dinastía de los Austrias, por lo que están firmemente convencidos de que los últimos serán la causa de la desaparición de los primeros.

viene encima. La justificación de este fatalismo viene motivada, además de por el alejamiento geográfico del problema y por ser crónicas que se editan una vez acaecidos los acontecimientos, por la separación de los bizantinos con los continuadores de los romanos en Occidente, tanto desde el punto de vista religioso como del político.

Bizancio sirve como modelo en el cual comparar los logros conseguidos por su sistema político y religioso. A unos hombres que se sienten orgullosos de la evolución de su Monarquía y de los progresos de la Iglesia les resulta un arcaísmo todo el mundo político y moral de Oriente. De otra parte, la asunción de la herencia y de los modelos clásicos pertenecen a todo el orbe cristiano, pareciéndoles una aberración que un sólo Estado se arroge con este derecho. Bizancio se encuentra en un proceso de regresión, tanto por la aparición de unos enemigos poderosos como por el agotamiento de sus estructuras. Mientras que el occidente ha ido evolucionando durante los siglos del medievo, en el caso español por medio de la unificación territorial lograda por la lucha contra los infieles y por el fortalecimiento del poder y la soberanía del Monarca, el Oriente ha ido cediendo terreno a los nuevos conquistadores y fragmentándose la unidad y el gobierno entre pequeños principados y déspotas que no son capaces de oponerse a los belicosos y ambiciosos otomanos. Bizancio es, por lo tanto, la antítesis de la Monarquía Hispánica, el relato de un Estado que ha hecho crisis, tanto por elementos internos como externos.

La visión de los españoles sobre la caída de Bizancio se empieza a escribir justo en el momento en el que se logra someter a los nazaríes de Granada. Mientras que los griegos han sido derrotados y se han sometido al dominio de una soberanía divergente a la establecida por ellos en el pasado, los súbditos de la Monarquía Hispánica acaban de superar esta situación. La historia de Bizancio en España es la crónica de una derrota reseñada por unos hombres que han alcanzado la victoria. Por esta razón los acontecimientos concretos y las batallas dejan sitio en los escritos a la explicación de los comportamientos políticos y sociales de los basileus y sus gobernados. Nos encontramos ante una historia de las ideas más que de hechos, fenómeno inverso al que estos mismos autores realizan al reseñar su pasado más cercano.

La ruina de Bizancio no la sitúan tanto en el tiempo de los otomanos como en el momento de las predicaciones de Mahoma. Las disensiones internas en Oriente, bien sean políticas o religiosas, posibilitan que el Islam se extienda paulatinamente por sus dominios sin que los emperadores hagan nada para atajarlo. Los gobernantes de Constantinopla tuvieron en sus manos la posibilidad de que Mahoma no fuera más que un visionario, de los que abundaron en las tierras de Levante. Su falta de celo y su excesivo egoísmo supuso una dilación de sus deberes como Soberanos y una dejación de las obligaciones con el resto de la Cristiandad. La mayor parte de las crónicas españolas hacen coincidir el nacimiento de Mahoma con uno de los momentos de mayor degradación moral y política del imperio bizantino, lo

que explicaría la fácil y rápida extensión del Islam. La Cristiandad reaccionará a este peligro cuando se encuentre con las fuerzas suficientes para hacer frente a tal empresa, enviando Cruzadas para reconquistar los Santos Lugares e intentar constreñir a estos pueblos a sus lugares de origen. Los bizantinos, según la visión de los cronistas de esta época, se preocuparon sólo de sus propios asuntos, siendo factible la acusación de felonía con respecto a sus homónimos en la fe de Jesucristo: "... y tomando a Celesiria caminaron la buelta de Ierusalem por los confines del imperio Griego: tocando en la Frigia superior, y en Cilicia, y en Pisidia, que por negligencia de los Emperadores Constantinopolitanos, avían sido ocupadas de Barbaros".⁵

Las continuas sublevaciones, las frecuentes intrigas entre los gobernantes y la facilidad con que se entregan a bandos y parcialidades les inhabilitan para luchar contra un enemigo bien gobernado y que desea por todos los medios la propagación de su credo religioso. En el enfrentamiento con el Islam, según las crónicas de los siglos XVI y XVII, no sólo hay que tener los medios materiales para poder llevarlo a cabo, sino también estar investido de unos dones espirituales y morales, cada vez más escasos en Constantinopla: "... le prendieron y le quebraron los ojos, y al fin murió miserablemente, privado del imperio y de la vista, no siendo menor la maldad de los Griegos".⁶ Este tipo de afirmaciones, en las que se comparan los comportamientos de los bizantinos con los de los musulmanes suelen ser frecuentes y repetidos en los impresos españoles. Independiente de la veracidad de estas noticias y de los argumentos que se expresan, lo que ponen de manifiesto es la pésima visión que se tiene en este momento sobre los habitantes de Oriente. La razón más usual para explicar estos juicios es el comportamiento religioso de los griegos. La separación de los patriarcas con el papado es el principio del fin de los bizantinos. La unión de la Iglesias se ha roto por la terquedad, falta de juicio y excesiva arrogancia de los ortodoxos. El mantenimiento de estas disensiones, y que los emperadores orientales las apoyen abiertamente, establece la degradación moral del Imperio y su alejamiento de los problemas reales para dedicarse a cuestiones fútiles. La contraposición de los reyes católicos con los emperadores bizantinos es el medio más fácil para ejemplificar el divergente destino que depara la fortuna a ambos lados del Mediterráneo. Los regentes de Constantinopla han abandonado completamente las virtudes que les habían llevado a ser la gran potencia de la Cristiandad, lo que explica el calamitoso estado en el que se encuentran sus dominios: "La causa de la ruina de Heraclio y del Imperio fue averse entregado a los vicios".⁷ Sin entrar a referirnos a la época en la que el imperio otomano es un peligro inminente, momento en el que este tipo de comparaciones se

⁵ Luis DEL MARMOL CARVAJAL, *Descripción General de Africa...*, Granada 1573, Tomo I, fols. 170v.-171r.

⁶ *Ibidem*, Tomo I, fol. 147r.

⁷ Jaime BLEDA, *Corónica de los moros de España*, Valencia 1618, p. 30.

hacen más frecuentes, el mantenimiento del dogma religioso entre ambos bandos de la Cristiandad establecen unas diferencias insalvables entre ellos, como muestra que los reyes de Jerusalén tuvieran innumerables victorias contra los turcos "...por virtud de un pedaço de la Vera Cruz que trahia en su exercito".⁸

La causa esencial que dan para explicar la ruina de Bizancio es, por lo tanto, de un claro carácter providencialista. Siguiendo con los razonamientos que trae consigo la asunción de tal idea, el responsable directo del final de la situación que se establece después de la desaparición de Roma es Mahoma: "...en Arabia engaño infinitas gentes y ende con todas ellas destruyeron y tomaron el reyno de los persas y a todo el imperio de oriente incitando que no fuesen sujetos al imperio ni pagasen tributo... que toda la vida y estudio deste perro Mahoma fue mandar y señorear tiránicamente e quitar al imperio romano sus derechos y señoríos que poseya".⁹ Aunque algunos autores identifican a los bizantinos con el imperio romano, sobre todo en la época de las predicaciones de Mahoma, lo usual es que se diferencie entre los dos. Roma desaparece con la llegada de los pueblos del Norte y su legado cultural y político se reparte entre todos los Estados europeos que surgen tras su conquista. Constantinopla también recibe esa herencia, pero la va perdiendo cuando adquiere un mayor peso su pasado helenístico: "Grecia.- Región de Europa, donde antiguamente florecieron las buenas letras; oy la posee el Turco".¹⁰ Según estas crónicas, la evolución de Bizancio es diferente a la del resto de la Cristiandad por basarse en un modelo distinto. La separación religiosa les confirma más en su opinión, amén de por la descripción del abandono de las obligaciones políticas de los basileus. Luis de Mármol Carvajal, en su *Descripción General de Africa*, divide la historia del Viejo Mundo entre Europa, Africa y Asia. En la primera de las divisiones incluye desde España a las tierras del Danubio, relatándose las noticias que acaecen en las posesiones bizantinas en Asia, aunque sea en territorios que se extienden por Europa. Este dato ejemplifica perfectamente que se está compartiendo el espacio atendiendo más a cuestiones de afinidad cultural, política y religiosa que a razones históricas. Bizancio es descrito como un ente político aislado e independiente del resto del mundo occidental, que cada vez está más separado del resto de los bautizados, aislamiento e independencia que provocaran su destrucción.

Esta interpretación de la historia mediterránea, realizada cuando ya se ha constituido el Imperio Otomano, tiene una conclusión evidente, como es

⁸ Vicente ROCA, *Hystoria en la qual se trata de la origen y guerras que han tenido los turcos desde su comienço hasta nuestros tiempos...*, Valencia 1556, fol. XVv.

⁹ Gonzalo ARREDONDO y ALVARADO, *Castillo inexpugnable de la fe y concinatorio admirable para vencer a todos enemigos espirituales y morales...*, Burgos 1528, fol., XXVIIr.

¹⁰ Sebastián DE COVARRUBIAS, *Tesoro de la lengua Castellana o Española*, edición de Martín de Riquer, Barcelona 1943, p. 657.

que la conquista de Constantinopla no trastoca la marcha y la evolución del resto de la Cristiandad. Las Monarquías occidentales se pueden definir por los progresos que han realizado para lograr su unificación territorial y por la extensión de la soberanía del príncipe sobre todos sus gobernados. Bizancio es la antítesis de este esquema. El gobierno cada vez implica y atañe a menos ciudadanos, y la unidad se rompe al aparecer principados independientes que no reconocen la soberanía de Constantinopla. Su aislamiento y su divergente sistema de valores, así como su independencia del resto del continente europeo, son razones suficientes para la argumentación de que la desaparición de Bizancio no retrasa el resto de la marcha de las Monarquías occidentales. Sólo la conquista de la gran ciudad que domina el Bósforo y el Mármara produce tristeza a los cronistas españoles, tanto por lo que simboliza como por la pérdida de la llave del oriente.

En las crónicas españolas de los siglos XVI y XVII se aprecia una diferente manera de abordar los territorios europeos dominados por los otomanos. Aquellos que no han pertenecido a Bizancio, como es el caso de Hungría, aunque casi han desaparecido por las rápidas y fulminantes campañas de Kanuni Sultán Süleyman, y su príncipe ha muerto luchando para mantener la independencia de su país, mantienen las estructuras del Estado casi intactas. Tampoco se puede olvidar que en este razonamiento influye decisivamente que Hungría perteneciera al patrimonio de los Austrias, al integrarse estas tierras dentro del Imperio después de la muerte de su monarca luchando con los turcos. Bulgaria y Grecia, por citar sólo dos ejemplos, territorios que integraban el extinto imperio, han desaparecido como naciones y como Estados con caracteres propios.¹¹ Sus órganos de gobierno se han diluido dentro de la administración otomana y carecen de las cabezas rectoras que puedan establecer su libertad en el caso de una hipotética liberación. Los territorios europeos controlados por la Sublime Puerta que no pertenecían a Bizancio lucharán por lograr su independencia de Istanbul, cuestión que lograrán cuando el imperio entre en un proceso de decadencia en la segunda mitad del siglo XVII. Los griegos, según los autores españoles, se mantienen quietos, aceptando un poder tiránico y un impuesto de sangre que les va privando de algunos de sus descendientes. Los antiguos bizantinos son sólo pequeños grupos humanos que mantienen diferencias lingüísticas y religiosas con los turcos, pero que políticamente carecen de personalidad: "Desta propia suerte lo hacían los griegos y demás gente cristiana de todas naciones, imitando a los turcos en cuanto podían, de que me espanté; pero después acá he considerado que lo debían de hacer por temor y sujección, fingidamente,

¹¹ "...Bulgaria oy esta muy asolado, y arruynado assi por la tirania de quien la señorea, como por el grande estrago recevido de los soldados forasteros turquescos que en passando por aquellos paisses a la guerra de Ungria. Por lo qual la felicidad grande que havia ha venido oy grande miseria". Antonio FAJARDO Y AZEVEDO, *Relación Universal de todo el imperio Ottomano...*, (1669?), B.N.M., Ms. 2793, fol. 47v.

por complacellos y tener gratos (que el mejor camino para privar con los poderosos es imitar sus acciones y alabar sus obras y palabras, aunque sean nedades)".¹²

Al constituirse el principado otomano en los alrededores de la ciudad de Brusa el imperio bizantino se encuentra en otro de sus grandes momentos de recesión, tanto a nivel político como religioso. Los turcos se enfrentan con ejércitos pequeños y mal dirigidos que ya no guardan las pautas más básicas de la organización militar. En este momento se produce una curiosa paradoja, como es que los turcos son los adversarios de los bizantinos, al mismo tiempo que sus mejores aliados: "...hizo grandes copias de gentes, entre las cuales truxo muy gran multitud de turcos e los metió por la grecia contra el emperador de los romanos Juan Paleologo...".¹³ El escaso amor al trabajo y a la milicia de los griegos hace que las huestes de los primeros sultanes y los grupos turcomanos se alquilen como mercenarias a los diferentes partidos y bandos que existen dentro del Imperio: "Este Amurete fue hombre muy codicioso, engañoso y poco fiel, y siempre buscó ocasiones para engrandecer su estado. Y ansi la suerte no le faltó de concederle lo que tanto deseava. Porque estando en buena paz con el Emperador de Constantinopla sucedió discordia entre los señores de grecia y el Emperador. Y porque Marcho grayo señor de Bulgaria favorecía a lo varones grecianos el emperador pidió socorro al gran Turco Amurete, en punto que no deviera: do Amurethe le embió un campo de Turquos escogidos con que el emperador desbarato y destruo a Marcho y a los principes de grecia: lo qual fue origen de la destruicion de aquel ymperio y principio de nuestras afrentas y trabajos. Porque de allí a poco tiempo ynformado Amurethes de los Turquos de que buena tierra era grecia: y de quan difformes eran los principes y Varones grecianos: determinó de passar a grecia con protestación de perseguir a los enemigos del emperador".¹⁴

La soberbia de los emperadores bizantinos les ha aislado, por lo que cuando aparecen los otomanos no pueden pedir ayuda para someterlos. Los basileus, según los autores españoles, estaban pagando de esta manera los errores cometidos con los católicos durante la época medieval. Sólo los venecianos y los genoveses tienen contactos continuos con los bizantinos, pero se encuentran enzarzados en recelos y disputas por su posición dentro del comercio de Levante y por la defensa de sus posesiones en el Adriático y el Egeo. Los genoveses, según la tradición, fueron los que llevaron en sus embarcaciones a los turcos que se hicieron con el control de toda Grecia, y los venecianos no supieron frenar los avances otomanos que culminaron reduciendo su imperio ultramarino.

¹² Diego GALAN, *Relación de el Cautiverio y Libertad de...*, edición de M. Serrano y Sanz, Madrid 1913, p.216-217.

¹³ Gonzalo ARREDONDO Y ALVARADO, *Ibidem*, fol. XXXIXr.

¹⁴ Vasco DIAZ TANCO, *Ibidem*, fol. Vr.

La caída de Constantinopla y la extinción de los bizantinos se debe a dos razones de muy diferente cariz. En primer lugar, al aparecer en el panorama histórico unos guerreros feroces y bien disciplinados que hacen de la guerra su única razón de ser y existir. La conquista de todo el Mediterráneo oriental, lograda en un tiempo escaso, es una llamada de atención al resto de la Cristiandad para que tome las medidas pertinentes ante el peligro que se le avecina. Al historiar a los turcos los escritores españoles recurren a sus propias experiencias y a la tradición de la Península Ibérica para explicar los acontecimientos de Grecia. Al igual que los otomanos, los árabes lograron someter la Península Ibérica por la debilidad del Estado y la desunión de los príncipes, además de una traición dentro de la cúpula dirigente de los visigodos. Este mismo esquema es el que optan para interpretar el control del Bósforo por Fatih sultán Mehmed. La gran diferencia entre las dos olas conquistadoras es que los turcos son más sanguinarios y más feroces en su intento de destrucción de la religión de Jesucristo: "...Mahamete quedó sólo y pacífico señor en el imperio de los Turcos, y fue septimo gran Turco de la casa Otomana, y el que más la ennobleció con destrucción del pueblo Christiano".¹⁵ Bizancio fue capaz de rechazar a los árabes por medio de su complejo sistema de fortificaciones que rodeaba la ciudad de Constantinopla, pero cometió el error de no prevenir una segunda oleada de enemigos, tanto en el campo espiritual como en el material. Los turcos se fueron introduciendo en la sociedad bizantina, aprendieron sus técnicas militares y lograron pactos por los que las princesas bizantinas se convirtieron en sus esposas. Cuando los postreros basileus quisieron reaccionar a la ineficacia de sus antecesores les resultó imposible volver a la situación anterior. El último emperador intentó llegar a un acuerdo con Roma sobre las cuestiones religiosas y pretendió desmarcarse de la dependencia de los otomanos cuando Constantinopla estaba completamente sitiada.

La segunda razón que exponen los escritos españoles para explicar la desaparición del Imperio de Oriente está íntimamente ligada a la anterior, como es la existencia de los turcos para castigar los pecados que los bautizados cometen contra su Creador, sobre todo por la soberbia de haber compartimentado la Cristiandad: "Por estas offensas pues que los de Grecia hizieron a nuestro señor, y por aver estorvado y no querido ayudar a los Christianos Latinos que pasaron muchas vezes a Asia a la conquista de la Tierra Santa han perdido el dominio y mando de sus provincias y tierras: y lo peores, que perseveran los Griegos aunque este subjectos, y en servidumbre de los paganos en sus heregías, y en no querer obsecer la orden y mandamiento de la yglesia Romana".¹⁶ Según esta interpretación de los acontecimientos, los griegos seguirán sometidos a los otomanos hasta que no cambien sus postulados religiosos y no vuelvan al seno de la

¹⁵ Luis DE MARMOL CARVAJAL, *Ibidem*, Tomo I, fol. 218v.

¹⁶ Vicente ROCA, *Ibidem*, fol., 49v.

obediencia romana. Mientras que esto no ocurra, Dios permitirá la pervivencia de esta "plaga" para que se den cuenta de sus errores.

Los dominios de los bizantinos se extendían por una de las mejores zonas del planeta, y en ella la naturaleza ofrecía a los hombres todo lo necesario para llevar una existencia placentera y fácil. Esta fue una de las razones por la que los turcos tuvieron tanto empeño en su conquista. Pero la riqueza de su solar también tuvo unas consecuencias negativas para sus antiguos poseedores. A los bizantinos les sucede igual que a los chipriotas, según lo describe Fernando de Herrera al relatar la conquista de esta isla: "...los hombres que hacen aquí su habitación son muy delicados, y de mucho regalo, que no pueden sufrir alguna fatiga, ni durar en los trabajos, antes ocupados y entregados todos al deleyte y ocio, viven de todo punto olvidados de los ejercicios militares".¹⁷ Algunos autores tienden a explicar las desviaciones doctrinales también por la vida fácil que llevaban, por la desidia de su existencia y por la dejación de sus obligaciones humanas y divinas. En resumen, los bizantinos eran unos enemigos de muy poca consideración para una generación de hombres ambiciosos que tenía como principal fin el dominio del orbe: "...los turcos ...se avian hecho señores de los mejor de Europa, amenazando siempre la destrucción de la romana iglesia. No dexando por todos los caminos injustos y vergonçosos, si se miran lo que se deve a la fe humana y a la obligacion de la virtud natural, de seguir la fortuna, que casi nunca se les mostro contraria".¹⁸

Durante los últimos siglos de la historia de Bizancio sólo existe un momento en el que los ortodoxos recuperan algunas de las virtudes que antiguamente les caracterizaban. Ello se produce cuando aparecen los Tártaros en Oriente y provocan el interregno en la dinastía otomana: "...mientras anduviesse guerreando con ellos le podría hacer mucho daño Angelo Theodoro Emperador de Constantinopla por la otra parte, acordo de hacer treguas con él, por más tiempo de lo que otras vezes las avía hecho; y embiando sus embaxadores sobrello, tuvo por bien el Emperador de concederselas, y aun favorecerle, considerando que mientras que andava ocupada en las guerras de Europa, ternía a los Turcos por baluarte contra los Tartaros que baxaban apoderándose de Asia".¹⁹ Esta situación supone una recuperación de las formas de vida bizantinas, volviendo a llevar una existencia acorde a las premisas que debe practicar un cristiano. Cuando los otomanos reconstruyen su imperio, nuevamente vuelven a someter a los bizantinos a su disciplina. Constantinopla queda como un Estado vasallo de Bursa, teniendo que pagar un tributo todos los años a los conquistadores. Su existencia era cada vez más un anacronismo, situación que se extinguirá cuando sea conquistada la ciudad del Bósforo. Al relatar la conquista de la gran urbe oriental nuevamente se recurre a la idea

¹⁷ Fernando DE HERRERA, *Relación de la guerra de Chipre, y suceso de la batalla naval de Lepanto, ... 1572*, fol., 17v.

¹⁸ Fernando DE HERRERA, *Ibidem*, fol., 22v.

¹⁹ Luis DE MARMOL CARVAJAL; *Ibidem*, fol., 198v.

providencialista de que los turcos son el instrumento de Dios para castigar los pecados que han cometido los bizantinos: "...para castigar con el flagelo de los Turcos y Mahometanos a los Christianos Griegos y Orientales, por los muchos errores que ello tienen acerca de la Fe, y por gran soberbia y desobediencia contra el Romano Pontífice".²⁰

Una vez que la capital imperial pasa a manos otomanas se da por completamente extinto el imperio bizantino en la historia. La conquista de Trebisonda pasa completamente desapercibida en la mayor parte de los relatos, como demostración de que el Imperio de Oriente ha dejado de existir. Los turcos han acabado con un Estado agónico y agonizante, lo que no deja de ser una situación lógica e inevitable. Mientras que sus posesiones se extiendan por las tierras del imperio bizantino o por las de los sultanes mamelucos de Egipto no se da la llamada de atención, salvo en el caso concreto de la pérdida de Constantinopla. Cuando Solimán entra dentro de las fronteras húngaras y se empieza a aproximar al Danubio la situación cambia completamente.

La repetida y manida idea de que los turcos sirven para castigar las desviaciones religiosas de los griegos no es aplicable para Polonia o Hungría, por lo que hace aguas algunos de los postulados que hasta ese momento mantenían. Tampoco es adecuada para el caso europeo la razón dada para la destrucción de los mamelucos, atribuida al abandono de la milicia de sus ciudadanos y la tendencia al despotismo de sus gobernantes. Las Monarquías europeas no responden al modelo bizantino, por lo que las explicaciones reseñadas anteriormente se tienen que acomodar a la nueva situación. La reforma protestante, los pecados que se cometen entre los bautizados y la desunión de la Cristiandad por el excesivo egoísmo e intereses nacionales de los diversos príncipes serán los recursos que expongan para intentar dar una explicación lógica y razonable a la aparición de los turcos como una nueva potencia política en el seno del Viejo Mundo.

Tanto la historia de los bizantinos como la de los húngaros sirve a una buena parte de los cronistas para desarrollar la teoría política de la articulación de la soberanía de los príncipes al arbitrio y mando del papado. Según estos textos, la lucha contra los turcos se debe realizar uniendo el poder temporal al espiritual, supeditándose el primero al segundo, para combatir a un enemigo que tiene en su misma esencia tanto valores militares como espirituales. La destrucción de los bizantinos sirve en esta ocasión para aconsejar a la Cristiandad la forma en la que tienen que luchar contra sus enemigos. Bizancio fue destruida porque sólo salió al campo de batalla portando armas, y nunca virtudes morales para contrarrestar a los poderosos ejércitos que la sitiaban. La Cristiandad debe luchar según este modelo, de claro ascendente medieval y formulado según la estructura típica de las Cruzadas. Dentro de estas coordenadas, los

²⁰ Jaime BLEDA, *Ibidem*, p. 101.

griegos, ferozmente avasallados y dominados por la Sublime Puerta, deben de jugar un importante papel en la recuperación de los territorios perdidos por los bautizados, como es el de quintocolumnistas de los occidentales dentro del propio territorio de los enemigos. Como resulta evidente, estamos reseñando un planteamiento teórico para enfrentarse con los otomanos, formulación que escasamente se llevó a la práctica durante estos siglos.

Si bien la mayor parte de los escritos coinciden en el papel que deben desempeñar los príncipes y el Papa, no todos están de acuerdo en dar cabida a los griegos dentro de estos planes. La desconfianza ante los habitantes de oriente persiste aún cuando ha desaparecido completamente el Estado que les cobijaba y que habían creado. Las razones por las que desaconsejan su participación son, de un lado, religiosas y, de otro, políticas. Aunque sometidos, no han reflexionado sobre sus errores doctrinales, de la misma manera que aceptan de buen grado la soberanía turca al no haberse amotinado nunca contra sus dominadores. Los españoles creen que la población griega dentro del Imperio Otomano, sobre todo en sus partes europeas, es mayoritaria, por lo que si se produjera una sublevación interna sería sencillo acabar con los turcos. Si esto no lo han realizado es porque no se encuentran tan incómodos dentro de este sistema, opiniones que se dejan entrever en un gran número de textos, incluido el relato anónimo del *Viaje de Turquía*.

Con bastante frecuencia se recuerda la tendencia a la felonía y a la traición de los bizantinos, vicios que los heredan los griegos sometidos a los turcos en sus tratos con los cristianos cautivos en Oriente. En el caso concreto español, con las poblaciones de oriente ocurre un fenómeno realmente singular, tanto a nivel político²¹ como ideológico, como es el desprecio generalizado y el escaso respeto que merecen estos hipotéticos aliados políticos y religiosos. Se les considera como colectividades descabezadas, sin órganos directivos tras la desaparición de la dinastía de los Paleólogos, por lo que no existen puntos de referencia estables para articular con ellos una política internacional. En su intento de debilitar a los otomanos, política que tiene como fin agotarlo militarmente al acosarlo por varios frentes, se prefiere antes llegar a acuerdos con los persas safavíes, a los cuales se les envían dos embajadas durante el reinado de Felipe III, que apoyar los intentos de sublevación de las comunidades griegas. Sobre estos hombres y mujeres existe una leyenda negra, nunca convenientemente expuesta ni escrita feacientemente, que siempre esta latente en los relatos que los describen. Griego es sinónimo de un pasado glorioso, al mismo tiempo que de traición, felonía y espíritu mezquino. No han sido capaces de defender su independencia política, de la misma manera

²¹ Para el análisis del comportamiento político de los Austria con las comunidades griegas resulta altamente ilustrativo el reciente trabajo de J.M. FLORISTAN IMIZCOZ, *Fuentes de la política oriental de los Austria: La documentación griega del Archivo de Simancas (1571-1621)*, León 1988.

que han dejado que los turcos destruyeran los vestigios de su pasado, comenzado por la reducción que creen que realizaron los conquistadores al templo de Santa Sofía. Al alcanzado, según los escritores hispanos, un estado de cultura muy inferior al que detentaban en los siglos anteriores. Lo que les produce más extrañeza es que no se den cuenta de la situación en la que se encuentran: "Este día por la tarde usan los Griegos, Armenios, Avisinios, y todas aquellas Naciones Orientales, una ceremonia muy supersticiosa y ridícula, y que hasta los mismos Turcos, mofan y hazen burla, y se escandalizan de que los Christianos finjan, y hagan semejantes invenciones...".²² Además la conquista otomana les ha investido de un nuevo defecto, como es el de la cobardía. Al poco apego que les atribuyen a la milicia, en los siglos XVI y XVII los griegos se suelen equiparar con los judíos dentro de las crónicas españolas, como símbolos de personas que no saben portar en sus manos una espada o un arcabuz. Que entrenen cada cinco o siete años a sus hijos a los turcos para convertirlos en jenízaros, según la práctica impuesta por el *devsirme*, sin relevarse ante esta gabela infame e infamante les confirma su presunción de cobardía.

Al narrar un proceso con una visión retrospectiva, en muchas ocasiones sólo motivada para dar una explicación del rápido progreso otomano, la historiografía española confecciona un esquema estable sobre el imperio desaparecido. Este esquema se va a repetir en la mayor parte de los relatos, haciendo notar que Bizancio no se encuadra dentro de las preocupaciones de los hispanos. El elemento que más destaca en su visión es el de encontrarse ante un Estado ajeno y concluso. Esto está motivado por el establecimiento del concepto de lejanía, tanto geográficamente como cultural, política y religiosa. La conquista turca queda como una cuestión completamente deslindada de la causa hispana, olvidándose de esta manera la presencia de militares catalanes defendiendo el puerto imperial de Constantinopla y otros episodios protagonizados por súbditos de la Corona de Aragón y del antiguo reino de Navarra. Los textos de los siglos XVI y XVII establecen una cesura total entre cristianos y ortodoxos, como si fueran dos partes diferentes, y en alguna ocasión antagonica, del Mediterráneo. Las formas de vida, practicas religiosas y las formas de comportamiento de los griegos deben de ser explicadas de una manera parecida a la que emplean con los turcos, y para ejemplificar esto sólo basta recurrir nuevamente al relato del viaje de Turquía.

La desaparición de Bizancio se debe exclusivamente a las formas de actuación de los griegos y de sus gobernantes. La Europa cristiana no los deja abandonados a su propia suerte, sino que los bizantinos se han ganado su destino durante siglos por sus comportamientos ostracistas. A la postre, encaran solos a los ejércitos de Bursa, muy superiores en número y en valores militares, hasta que desaparecen aplastados por sus antagonistas.

²² Antonio DEL CASTILLO, *El devoto peregrino, Viage a Tierra Santa*, Madrid 1654, p. 165.

Este tipo de comportamientos se asocia con el continente donde se extendía el Imperio. Asia ha sido la forjadura de grandes culturas que han desaparecido sin dejar más huellas de su pasado que sus realizaciones arquitectónicas. Esta es la situación en la que creen que ha quedado el Oriente del Mediterráneo, representado ahora por una mayoría de ortodoxos que malviven dentro de los límites del Estado Otomano. 1452 es la fecha que marca el final de un Imperio del que también se conoce su fecha de formación. Es simplemente un episodio más del pasado. Episodio de lamentable y triste recuerdo, semejante al del reino cristiano de Jerusalén o el dominio del Norte de Africa por la dinastía visigoda. Para muchos de los autores empleados Bizancio es una página del pasado que jamás se volverá a escribir, aunque sean recuperados por la Cristiandad sus antiguos dominios.